

CUENCA, José Manuel: *Sociología del Episcopado español e hispanoamericano (1789-1985)*, PEGASO, Madrid 1986, XVI+616 págs.

La historiografía eclesiástica española se viene enriqueciendo, desde hace ya bastantes años, con una larga serie de publicaciones de todo tipo, que desde los ángulos más diversos enjuician nuestro pasado religioso o aportan datos para su mejor conocimiento: historiadores puros, sociólogos, historiadores del pensamiento, el Derecho, la economía, especialistas en las relaciones de los poderes civiles y eclesiásticos, autores que se interesan por ofrecer grandes visiones sintéticas de nuestra historia o que analizan la pequeña información sobre movimientos, diócesis, grupos eclesiales, personajes, ofrecen variadísimas líneas de atención en este terreno, hasta haber conseguido que la Historia de la Iglesia en España dé un notable salto hacia adelante.

Y si este hecho proviene ya de tiempo atrás, en nuestros días más inmediatos, lejos de apagarse, ha ido multiplicando su incidencia; cada vez interesa más la historia eclesiástica o se trabaja más sobre ella. El paralelismo con una evidente desacralización de la sociedad española y de sus ambientes intelectuales puede, a primera vista, convertírse en un interrogante contradictorio; pero parece como si, al desaparecer controles ambientales y aumentar la libertad psicológica para tratar a la Iglesia y a los eclesiásticos sin los miramientos que un respeto tradicional parecía imponer en este campo, la curiosidad se hubiese desatado dándose la mano con el interés; entendido éste como la convicción científica de que no podemos comprender la historia española —en casi ningún campo— sin un profundo conocimiento del papel de la Iglesia, y entendida aquélla como el deseo de desvelar misterios y de sacar a la luz lo que se supone oculto en el trasfondo de las realidades más divulgadas.

Y todo ayuda para que, como decíamos, se multiplique la bibliografía y podamos esperar que nuestra historia eclesiástica se acerque al fin a lo mucho que han progresado —y que nos llevan de ventaja— las de otros países de áreas geográficas y culturales más o menos cercanas a la española.

Es evidente que, al florecer los estudios sobre la Historia de la Iglesia entre nosotros, la abundancia haya de ofrecerse a costa a veces de la calidad. Pero también es verdad que algunos investigadores han logrado producir cantidad y calidad al mismo tiempo, y aunque quepa matizar muchas de sus afirmaciones y de sus tesis, poseen sus obras un nivel bastante como para despertar la atención y merecer el elogio.

Tal es el caso de Profesor José Manuel Cuenca Toribio, catedrático de la Universidad de Córdoba y tal vez el más prolífico de los autores a los que acabo de aludir. Su obra histórica sobre la Iglesia española, en particular de los siglos XIX y XX, es excepcionalmente abundante. Sorprende saberle inmerso en las tareas de su casi «eterno» Decanato en las Facultades de Filosofía y Letras de Valencia y Córdoba (caso singular de pervivencia en un cargo académico que analizará en el futuro algún historiador, aficionado como él a medir y cuantificar, y que quiera aplicar a la historia de las autoridades universitarias los métodos de análisis que él aplica a la jerarquía de la Iglesia); conocerle como infatigable organizador de Congresos de todo tipo (pocos campos escapan a su universal inquietud de saber y hacer saber); identificarle como promotor de tantas empresas editoriales; y comprobar al mismo tiempo que acierta a disponer de las horas precisas para no dar reposo a una pluma que nunca descansa.

Porque para escribir tanto —que al fin y al cabo puede hacerse si se dispone de la energía vital que en Cuenca asombra y nos despierta envidia y emulación—, hace falta leer mucho, hacer muchas fichas, atesorar muchos datos, acopiar una enorme erudición... o escribir sobre el vacío. Y si hay defectos en la obra del Profesor Cuenca Toribio —como es lógico que los haya— van, en mi parecer, más por la vía de la elaboración y del análisis que por la del acarreo del material. Es comprobable, cada vez que se le lee, que ha hallado la manera de reunir de nuevo una información casi

exhaustiva; se comprueba también que le ha faltado el sosiego para obtener de ésta cuanto hubiese podido lograrse. Ello le ha restado fuerza a su obra, dicho sea, como él mismo gusta de excusarse, *sine ira et cum studio*; pero sus libros han de tenerse en cuenta por encima de sí mismos para conocer bien cuánto hasta ahora ignorábamos sobre muchos aspectos de nuestro más reciente pasado. La historia eclesiástica española le debe mucho, y me parecería mezquindad —inexcusable en quien esto escribe— no reconocérselo. La admiración a quien tanto ha aportado al desarrollo de la historiografía eclesiástica española puede y debe ser crítica, pero no deja por eso de ser admiración.

Si repasamos ahora el contenido total del volumen que nos disponemos a recensionar, veremos que la parte fundamental del mismo la constituye lo que el autor denomina «Censo episcopal», que se extiende desde la página 466 hasta la 594, y que contiene la ficha de los 770 obispos españoles que han existido dentro de los límites cronológicos que Cuenca se ha marcado para su trabajo.

No estoy en condiciones de comprobar si en el Censo falta algún nombre; dándolo, como es lo lógico, por completo —pues en reunir esos 770 nombres y los datos correspondientes ha consistido la importante labor llevada a cabo por el Profesor Cuenca—, debe resaltarse que nos encontramos ante un utilísimo material de trabajo, obra de la erudita paciencia de un investigador tenaz. El autor ha seguido un orden cronológico, tomando como guía la fecha de preconización: el obispo al que numera con el ordinal uno procede de 1789, y el setecientos setenta de 1985, que son las fechas límites del volumen. Dentro de cada año, el orden escogido es el alfabético de apellidos, criterio éste que me parece discutible: hubiese sido preferible mantenerse fiel al cronológico, ordenando por meses y días dentro de cada anualidad a los prelados correspondientes.

Se trata de ciento dieciséis obispos que desempeñaron su oficio en América o Filipinas exclusivamente; veintidós que ocuparon en primer lugar sedes de ultramar y pasaron luego a otras de la metrópoli; dos hicieron el camino inverso, yendo a sedes ultramarinas habiendo tenido previamente un destino episcopal en España; y otros dos que, habiendo comenzado su misión episcopal en la metrópoli, pasaron luego a una sede americana para regresar más tarde de nuevo a otra española. Los restantes fueron todos obispos en España o en sus posesiones africanas (Guinea, Marruecos).

El autor ha enriquecido este catálogo con los siguientes datos: año de preconización, nombre del prelado, lugar de nacimiento, fechas de nacimiento y muerte, procedencia social, Orden religiosa a la que perteneció, centros de formación a que asistió, titulación académica, cargos previos a su nombramiento episcopal y sedes que ocupó.

La dificultad para obtener tan variada información es muy diferente según los diferentes datos a que se refiere; los mayores huecos se descubren en el apartado «procedencia social», y no puede asegurarse que no falten centros de formación, o cargos previos; pero lo recogido supera con mucho a lo omitido. El apartado más deficiente resulta ser el de la procedencia social de los obispos; el autor encontró aquí lagunas hasta hoy insuperables, bien por no haber podido determinarlas en absoluto (en este caso se encuentra la importante cifra de 417 prelados) o bien por haberse limitado a indicaciones tan someras como las de «familia noble», «familia hidalga», «familia modesta», etc.

Sin embargo, sorprende que falte ese dato en prelados aún vivos o de fallecimiento reciente en los que la comprobación de su origen social y familiar no entraña dificultad alguna; el caso más singular es el del actual Obispo de Córdoba, ciudad de residencia del autor y del que aparece en blanco este casillero, que no parece que hubiese sido difícil de rellenar.

Algún otro error puede aún comprobarse: por ejemplo, el prelado con el núme-

ro 762 nunca lo ha sido de León; el 753 no es Administrador Apostólico de Bilbao, como parece deducirse, sino que lo fue ocasionalmente; si se señala en el número 756 —un prelado que vive actualmente— que tiene varios hermanos religiosos, podría señalarse lo mismo en el número 748 —igualmente vivo y que también los tiene—; no es correcta la serie de diócesis atribuidas a los prelados números 742 o 707; si el modo de indicar las diócesis con más de una sede es —y resulta lo correcto— intercalando un guión entre éstas (por ejemplo, Guadix-Baza, Segorbe-Castellón), ese criterio debiera seguirse siempre, mientras que en el número 739 se indica Madrid, en vez de Madrid-Alcalá, o en el 725 se escribe Osma (Soria); en el número 721 se omite que fue Obispo-Prior de las Ordenes Militares; en la fecha de edición del volumen —1986—, el prelado con el número 703 es Cardenal desde hace un año y el dato se omite; el cargo de Presidente de la Conferencia Episcopal se señala para algunos prelados que lo han desempeñado (633, 700) y no para otros (643, 646); hay saltos de cifras y fechas acompañados de repeticiones (prelados con los números 619 a 623) que permiten discutir la cifra total de 770; no se entiende qué diferencia encuentra el autor entre los conceptos de «renuncia» y «dimisión» que parece utilizar indistintamente; falta alguna línea que deja la frase incompleta (593); se utiliza en un caso (550) la ortografía catalana, y no en otros en que las razones, si las hay, existirían igualmente (665); se prescinde del segundo apellido en casos fácilmente comprobables (753, 740); etc. Son todos ellos defectos de muy fácil corrección, tal vez de esperar en un catálogo tan extenso, que he detectado sin dificultad por tratarse de obispos recientes (no hice una comprobación pareja para fechas más atrasadas, pero con estos botones de muestra parece suficiente); el valor y la utilidad del Censo episcopal ofrecido por el Prof. Cuenca está por encima de ellos, sobre todo si se piensa que los catálogos más conocidos y utilizados del Episcopado universal (Gams, Ritzler-Seffrin) y español (vid. los datos de La Fuente, Hernáez —no Hernández, error que se desliza en la pág. 5—, el Diccionario de Historia Eclesiástica de España, etc.) contienen no menos lagunas o errores y resultan mucho menos ricos en información. Precisamente el propio Prof. Cuenca es un excelente conocedor de todos ellos, habiendo publicado un estudio sobre este tipo de fuentes (*Materiales para el estudio de la Iglesia jerárquica española contemporánea. Episcopologios, biografías, obras de carácter general*, en el «Boletín de la Real Academia de la Historia», CLXXI, 1974, 297-317).

Sí, como se ha dicho, la parte fundamental del volumen la constituye el Censo o Catálogo episcopal, las primeras cuatrocientas cuarenta páginas contienen un análisis del mismo, dividido en cuatro partes que corresponden a otros tantos períodos históricos: El Antiguo Régimen (1789-1846); el Pontificado de Pío IX (1846-1878); de la Monarquía de Sagunto a la República (1878-1939); Franquismo y Democracia (1939-1985). En las cuatro, el autor ha seguido un mismo proceso: cada parte consta de dos apartados, el primero destinado a analizar los datos efectivos que el Censo contiene —edad de los obispos electos, procedencias sociales, cargos y puestos—, todo ello para radiografiar a nuestro Episcopado y detectar los rasgos dominantes y los excepcionales; y el segundo, a estudiar los criterios y mecanismos de selección y, en consecuencia, el juego político que rodea y determina la composición del Episcopado español en cada período.

Parecería que ambos apartados, que se repiten en las cuatro partes, debieran aparecer en cada una de ellas bajo una misma denominación, para claridad del Índice y comprensión más fácil del lector. No lo toleraría, pienso, el barroquismo andaluz (que comparto con mi paisano el Prof. Cuenca), del que Cuenca es, a la vez, maestro y víctima: «La carencia de una atmósfera favorable a una planificación y coronamiento de empresas intelectuales de profundo calado tiene una clara expresión en el auge de las traducciones, que adquieren entonces altos niveles en cantidad y calidad. Sin embargo, quizá fuera mendoso atribuir...»; «Se descubre en ella la densidad de

la cultura que sus autores atesoraron, de acuerdo con las mejores esencias enciclopédicas, en los años más remansados...»; «Así ocurre, por ejemplo —para privilegiar en este párrafo la parcela americana, cifra y compendio de toda una empresa intelectual frustrada—, con el franciscano Hipólito Sánchez Rangel, de dureza diamantina en sus llameantes escritos pastorales, de inconfundible valor temporalista y propugnadores del más acérrimo monarquismo, redactados con pluma torpe pero erudita en multitud de coplillas y otras muestras de más alta calidad poética por el género que no por su numen...» (Todas estas frases están en una misma página, y además abierta al azar; otras mejores hay si se las busca).

Barroquismo, en efecto, que trae al Índice, como títulos de los dos apartados en que cada parte se divide, los que siguen: Parte I, *Factores de base* y *El arbitraje de los mecanismos selectivos*; Parte II, *Elementos constitutivos* y *Mecanismos de selección*; Parte III, *Los ejes vertebradores* e *Iglesia y Estado en la selección episcopal*; Parte IV, *Los núcleos básicos* y *La elección de los cuadros jerárquicos eclesiásticos en el marco de las relaciones Iglesia-Estado*. Es obvio que, factores de base, elementos constitutivos, núcleos vertebradores y núcleos básicos, todos son una misma cosa: el análisis del Episcopado a través de los datos presentados en el Catálogo o Censo del mismo; lo mismo que mecanismos selectivos, mecanismos de selección, selección episcopal y elección de los cuadros jerárquicos, todo viene a ser el estudio de aquello que en el Censo queda latente, los sistemas de selección de obispos en el marco de las relaciones de la Iglesia con el Estado español a lo largo de los dos últimos siglos de nuestra Historia.

Y es evidente el esfuerzo realizado por el autor para enriquecer este análisis, que por vez primera radiografía nuestro panorama episcopal de dos siglos, poniendo de relieve las edades de los candidatos al episcopado y los gráficos de tiempo de su permanencia en el cargo; las preferencias por unas y otras procedencias sociales según los tiempos; los lugares de procedencia y consiguiente aportación al Episcopado de las diferentes regiones y ciudades; el tipo de formación recibida; la labor intelectual de cada prelado o grupo de prelados; las normas que en cada momento regulan la elección; las relaciones políticas entre la Iglesia y el Estado y la influencia en la selección del Episcopado de los diversos regímenes por los que España fue atravesando; los momentos históricos en que no se nombran y aquellos en que se intensifican los nombramientos episcopales; y un amplio etcétera en que se mezclan acontecimientos capitales, anécdotas, observaciones, juicios, críticas, un abigarrado panorama a través del cual es posible obtener una excelente visión de conjunto de la jerarquía española más reciente..

Que el trabajo se puede mejorar, es el autor el primero en reconocerlo; que falta un mayor sosiego y precisión en la recopilación de datos, ya ha quedado probado; pero no es menos cierto que el libro ilumina muchas realidades hasta hoy oscuras o desconocidas, y que sería de desear que los historiadores trabajasen en esta útil línea de acarreo de información y de sistematización de lo aportado; y que nuestra historia de las relaciones entre la Iglesia y el Estado precisa del análisis del modo concreto en que se han aplicado las normas, tal como lo ofrece Cuenca, frente a la reconocida afición de muchos autores a estudiar la norma en abstracto sin atender a su efectiva traducción en la realidad histórica.

Un simple retoque —para terminar— sobre el título del volumen: éste no abarca todo el Episcopado hispanoamericano hasta 1985, sino sólo hasta la independencia, por lo cual el título pudiera llamar a engaño; y, en fin, advertirle al Profesor Cuenca que desde la época en la que, al parecer, se cierran sus conocimientos sobre la ciencia canonística, ha corrido mucha agua bajo los puentes. Y felicitarle y felicitarnos tanto por su siempre incansable dedicación al estudio como por los resultados de la misma.

ALBERTO DE LA HERA.